

**Discurso del Rector Enrique Battaner en el acto de entrega del XIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a D.José Manuel Caballero Bonald, celebrado en el Palacio Real, bajo la Presidencia de S.M.la Reina, el 29 de Noviembre de 2004.**

Señora:

Nos reunimos hoy para entregar formalmente el Premio que lleva Vuestro Nombre en su decimotercera edición, y que la Universidad de Salamanca copatrocina con Patrimonio Nacional. No es casual esta asociación, en la que la memoria histórica de la Monarquía española aparece unida a la Universidad decana de España premiando a la más excelsa manifestación de la palabra humana, que es la poesía. Las Universidades vivimos de la palabra; a veces incoherente, a veces inoperante, a veces vacía; pero también, quizá con mucha mayor frecuencia, palabra estructurada, socialmente útil e incluso seminal. Igualmente, vivimos de la memoria. La memoria de quienes nos precedieron, bien sea para no caer en sus errores o como constante recordatorio y ejemplo que debemos emular.

Memoria y palabra: los dos conceptos que se entrelazan, como muy acertadamente señala el profesor García Jambrina, en la obra, en la obra ingente, de José Manuel Caballero Bonald, el último titular del Premio. La palabra trabajada, en una labor más propia de escultor preciso que de orfebre minucioso, y que asombra al lector aficionado, como yo, por su rigor métrico; la palabra que no se limita a complacerse en su propia belleza y que, por el contrario, trasciende a ese mundo convulso de ahí fuera; la palabra fecunda, que no se cierra en sí misma, por más que un poema siempre dé la sensación de algo cerrado y definitivo; la palabra, en fin, de la que el lector puede derivar miles de mundos. Pero asimismo la memoria: memoria de quienes vieron las primeras luces en tiempos de tinieblas; memoria de quienes aceptaron el compromiso de despejar esas mismas tinieblas, y que contribuyeron, al igual que muchos otros, a su definitivo destierro; y por fin, la memoria de una vida vivida y a la vez por vivir, como la que hay en ese espacio borroso extendido entre la experiencia y la imaginación, y que llamamos novela. Espacio en el que nuestro premiado se mueve con tan sólido magisterio como en su poesía.

Perdonará Vuestra Majestad que el universitario que en estos momentos Le dirige la palabra, fiel a su oficio, pretenda hacer un mínimo de pedagogía en el acto que nos reúne. Contrastemos la palabra trabajada, trascendente y fecunda de Caballero Bonald con los esquematismos y atajos propios de la lengua urbana de hoy, desde la publicidad hasta el mensaje corto del teléfono móvil. A primera vista, no cabe un mayor contraste; igualmente, parece clara la preferencia que los maestros han de señalar a los escolares. Pero no es tan evidente. En la Universidad no pretendemos enseñar a escribir como lo hace Caballero Bonald. Eso sólo lo puede hacer el propio Caballero Bonald; un buen escritor siempre es algo cerrado en sí mismo, y tan inasequible como su propio yo. Lo que de verdad quisiéramos es que la palabra, trabajada o esquemática, aborigen o prestada, rigurosa o intuitiva, pueda ser entregada a nuestros estudiantes como el instrumento de una síntesis entre idea, memoria y compromiso, como todo lo que late en la obra de Caballero Bonald. Por supuesto, como manifestación de ese cuerpo vivo que es nuestra lengua, el español, que hace ya mucho tiempo dejó de ser castellano.

Dejó de ser castellano al cruzar el Océano, y a ello tampoco es ajeno nuestro premiado. Los premios que llevan el apelativo de “Iberoamericanos” suelen otorgarse en alternancia de las dos orillas. El caso que nos ocupa ha sido distinto. Caballero Bonald ha visto su palabra y su vivencia enriquecidas en Colombia, en Cuba, en México; como tantos escritores españoles antes que él, encuentra en tierras calientes una lengua elevada a un plano superior, el plano de su despegue definitivo hacia el ancho mundo desde sus orígenes locales, incluso pueblerinos, en torno a San Millán.

Señora: en la anterior edición premiábamos a Sophia de Mello Breyner, la poeta portuguesa autora de mundos clásicos de luz, y celebrábamos el encuentro de dos lenguas hermanas. Permitidme que termine de una forma similar a como lo hice el año pasado. Entonces hacía votos porque V.M. siga por siempre presidiendo encuentros. Si entonces fue un encuentro luso-español, hoy celebramos el encuentro de todos nosotros con la memoria y la palabra, de la mano de José Manuel Caballero Bonald.

Que así siga siendo, Señora, en los años venideros.